

## LA SEMANA COLOMBINA

EN NUEVA YORK



COLÓN ha resucitado.

No es que haya escuchado la pavorosa trompa del Juicio y se haya anticipado á la apocalíptica cita de Josafat. No es que los taumaturgos le hayan despertado de su sueño de cuatro siglos; ni que la diabólica Química haya hecho el prodigio de recalentar sus cenizas, recomponer sus simples, reunir sus átomos y revestir de nueva carne su esqueleto; ni que los lápices del Congreso espiritista hayan operado la transfusión del espíritu en las concavidades del vacío cráneo. No: los inmortales mueren y no de mentirijillas; los gusanos no devuelven su presa; César duerme como el último de sus soldados; Mahóma es tan polvo como su gato Muezza, y Byron está tan enterrado como su perro Boatswain.

La resurrección de Colón es cosa más sencilla aunque no menos milagrosa. Es que la humanidad entera le ha llamado. En un día, á una hora y á una voz ha pronun-

ciado su nombre y ha emplazado al gran muerto al Juicio final de la Historia para dictar la manzoniana *ardua sentenza* de la posteridad, para pagar sus glorias y adjudicarle las honras de la apoteosis.

Y Colón ha acudido como acuden los inmortales: en forma de sombra, de nombre, de recuerdo, de símbolo; más vivos cuanto más muertos; más grandes cuanto más remotos; más puros cuanto más helados por el mármol del sepulcro; más divinos cuanto más transfigurados por la leyenda de los siglos.

El género humano está de fiesta; el globo se engalana para celebrar el cuarto centenario del primero que le hizo aparecer redondo á los ojos de los hombres.

Nunca celebración más universal ha conmovido al mundo, porque nunca se ha conmemorado hecho más transcendental y culminante en la vida histórica de las humanas criaturas.

Hay fiestas locales, que por unas horas conmueven y sacan de sus casas y casillas á los vecinos de una ciudad para conmemorar el nacimiento ó muerte de un santo patrón, de un héroe de campanario, ó de un alcalde de manos limpias. Hay otras fiestas nacionales, como el 4 de Julio en los Estados Unidos, el 14 de Julio en Francia, el 2 de Mayo en España, y otras tales del calendario histórico, que entusiasman á una nación entera, recordando glorias ó tristezas de hechos esenciales en la vida de su independencia, sus instituciones ó su prosperidad.

La fiesta colombina, el 12 de Octubre (que en lo sucesivo será nacional en España y la América) es una fiesta casi planetaria porque dos continentes la celebran, y las naciones madres y las naciones hijas, las cansadas monarquías de Europa y las jóvenes repúblicas de América, levantan en inmenso coro un *Te Deum* de gratitud, un *Hosanna* de alegría, un himno de entusiasmo, un salmo de bendiciones en memoria, alabanza y santificación del que las unió con el vínculo oceánico y casi las desposó con el himeneo de la humana fraternidad.

Si el hombre pudiera crear; si los mundos que bullen en el caos de la nebulosa cerebral; si los arquetipos de todas las bellezas, que flotan, como sombras y visiones, en la humana mente, pudieran adquirir forma, color, vida y movimiento; si todas las mitologías asiáticas, helénicas y germánicas pudieran tornarse realidad, y dioses, diablos, genios, espíritus, fantasmas, hadas, personificaciones de todos tiempos, razas y lugares lograsen tomar cuerpo y alma, voz y aliento, y en los celestiales escenarios de Olimpos, Parnasos, Edenes y Paraísos celebrasen sus festines, sus walpurgis, sus aquelarres, ¡qué extraños, qué magníficos, qué asombrosos, qué enloquecedores espectáculos, visiones, músicas, perfumes, manjares y formas ofrecerían á los cinco sentidos y á las arrebatadas potencias de los hombres!

¡Pero ay! ¡el mundo fantástico no tiene realidad! es falso como una piedra artificial ó una flor hecha de trapo; es un sueño, un delirio, una mentira. Ese mundo no tiene más Génesis que las fiebres cerebrales del poeta; no vive más que en las rimas, en los libros, en los lienzos, en los mármoles y bronces con que el Arte y la Poesía han querido trastornarnos, engreirnos, hacernos aspirar á dioses y olvidar que somos

barro, y barro que padece, que muere y se pudre, lo que nos hace inferiores á la arcilla de cualquier muñeco de terra cotta, ó cualquier cacharro prehistórico de los que en la Exposición Hispano-Americana nos muestran que el barro es más duradero que la carne, y las momias más resistentes que los héroes. Por eso la Poesía es el mundo soñado; es pintar el orbe como debiera ser ó como quisiéramos que fuese; es darnos alas para cruzar espacios que nos veda la maldita ley de la gravitación newtoniana; es darnos la ubicuidad que nos prohíbe la limitación corporal; es dar á la materia los atributos, formas y alcances del espíritu. Por eso cuando en las grandes celebraciones, en las fiestas centenarias, en las apoteosis de los grandes héroes, queremos sobreponernos á las estrecheces de las leyes físicas, imitar la magnitud y majestad de las cosas inmortales, encarnar las personificaciones de los entes ideales, delinear los panoramas de la historia, contraer en un punto y en un instante las infinitudes del tiempo y el espacio; dar á los hijos del polvo las aureolas de los cielos, tratamos de remedar lo que llamamos divino y de creernos dioses por unas horas. Mas no pudiendo con las pobres líneas rectas y curvas de la terrena geometría y los siete colores, nada más que siete, de la luz solar, conseguir sino un reflejo de nuestros sueños, un eco de nuestros entusiasmos y un efluvio de nuestros ideales, pedimos á la Naturaleza sus mejores y más puros elementos imitativos de lo divino. Robamos á la tierra sus tesoros; al mar sus perlas y nácares; al prado sus flores; al bosque sus ramos; á la roca sus jaspes; á la entraña geológica sus metales preciosos; al aire sus vibraciones, que tamizadas, por decirlo así, á través de los musicales instrumentos se tornan en melodías y torrentes sinfónicos ó desesperadas en el vientre del cañón rugen con el atronador concertante de las salvas. Y después robamos (al fin hijos del ladrón-titán) á las nubes sus chispas eléctricas, á la hulla sus gases para encerrarlos en cristales de colores, para hacer esos iris artificiales, esos calidoscopios maravillosos, esas guirnaldas de luz de las públicas iluminaciones. Y al mismo fuego le arrancamos el diente voraz de su llama y vistiéndole los ropajes bordados por la combinatoria química, le convertimos en las siete notas del pentágono de la luz, en las momentáneas estrellas de las bengalas, en los círculos giratorios y cascadas de oro de las girándolas, de los fuegos artificiales, y en esos cohetes tan vistos, pero siempre tan fantásticos, que al estallar en el aire y caer en lluvia de fuego pulverizado y en la joyería de las bengalas, nos harían creer que los Asouras ó la índica Kamarupa han vaciado sus estuches, para arrojárselos á la rebatiña á los hombres, á través del fondo oscuro del manto estrellado de la noche. Y después de transformar, destilar y *artificialiar* la Naturaleza bruta para que sirva de pomposo escenario á nuestras épicas representaciones, vestimos á las más hermosas y mercenarias criaturas, ya las túnicas de los dioses, ya la púrpura de los Césares, ya los terciopelos y armiños, sedas y tisús de los soberanos y potentados, y les ceñimos, ya la armadura de los héroes, ya los laureles del triunfador, y al desfile de la procesión histórica ó la simbólica cabalgata, nos creemos transportados hacia atrás por la invertida corriente del tiempo, viviendo en los siglos pasados, presenciando escenas retrospectivas, conversando con

los grandes actores del inmenso drama de la historia. Diríase que en esos momentos la loca de la casa, la imaginación, ha cogido el cetro del mundo y para deleitar á las criaturas ha mezclado hombres y dioses, mitos y verdades, crónicas y romances; ha bajado con Mefistófeles á aquel abismo de las Madres ó subido á la región de las Ideas platónicas, para representar, para *teatrizar* la historia ó extender la decoración de otro planeta en que lo ideal es lo real, lo pasado presente y lo futuro palpable. Y, sin embargo, esas fiestas evocatorias ¿qué son sino una momentánea fantasmagoría de luces, talcos y lentejuelas, terciopelos, sedas, percalinas, follajes, arcos de lienzo, cañonazos con mucho ruido y pocas... balas; cortesanas, bailarinas y figurantas transfiguradas en Glorias, Famas, Justicias, Artes ó Ciencias y otras encarnaciones (sin misterio) de las entidades psicológicas y metafísicas; y ganapanes ó vende panes, es decir panaderos, metamorfoseados, por un par de horas y otro par de duros, en Cides, Gonzalos, Colones, Corteses ó dióses de alquiler, para hacer objetivos por unos instantes los gloriosos espectros de la Historia.

Pero las multitudes para sentir las cosas mentales y ver las cosas imaginarias, necesitan hacer lineal el espíritu, dar forma tangible y color visible á sus propias fantasías; piden algo que entre por los ojos y hiera los oídos, para entrever y *entreoir* los ecos y reflejos del pasado, y de aquí la necesidad de esas fiestas, no siempre estéticas y á veces sobrado municipales, que hoy conmueven al mundo por partida doble en Europa y América, para mostrarnos, en colosal estereoscopio, las vistas y grandezas del épico siglo décimoquinto.

Claro está que los elementos son limitados, y en la ocasión presente se ha echado mano de los mismos repertorios, de los mismos telones y bastidores de las fiestas apoteóticas: revistas navales, salvas, paradas y desfiles, procesiones, cabalgatas, músicas, orfeones, conciertos, fuegos artificiales, bailes, banquetes, brindis, discursos, versos, aplausos, vivas, hurras... en fin, lo de siempre.

Hay, empero, una ciudad que merece especial mención, no tanto por el esplendor que hayan revestido sus fiestas centenales, cuanto por su alta posición etnográfica, la significación de su jubileo colombino, el derroche de sus millones y los millones de sus espectadores. Esa ciudad es Nueva York, la metrópoli monetaria del Nuevo Mundo, la capital moral de América. Como escenario para despliegue de públicas pompas urbanas, navales y militares tiene las inmensas amplitudes de Londres, sin aquellos *fogs* malditos que, como telones de cíclopes, caen de arriba y todo lo entristecen, manchan, enlodan y que aguan casi todas las fiestas británicas. Nueva York tiene cielos esplendorosos y animaciones parisienses, y tiene sobre París la ventaja de su grandioso puerto, que para los alardes marítimos le abre la verde infinitud del Océano; tiene millones de habitantes y millares de millones de duros, y cientos de millonarios, Merlines alquimistas que han hallado la piedra filosofal de la Banca y la varita de virtudes para hacer los milagros yankees y pedir al oro y obtener del oro cuanto sueña el deseo, el arte y la poesía.

A esta ciudad tan inmensa, tan *auripotente*, tan plutocrática, tan algebráica, le fal-

taba el elemento imaginativo y el elemento sensitivo necesarios para concebir y sentir las grandezas, la emoción y las palpitaciones íntimas con que el recuerdo de los poemas y leyendas de la historia sacuden el cerebro y el corazón de estos románticos y semiorientales pueblos europeos. Nueva York es la ciudad-escritorio, la tenedora de libros del capital americano: su templo es el *Exchange*; su vida es el Muelle; su empedrado despide cifras. Es la ciudad de la prosa, del positivismo, del cálculo diferencial; la ciudad sin fiestas, la ciudad *without sentiment*, sin sentimiento, como la llaman los propios americanos, sus propios habitantes, siempre enjaulados entre las cuatro reglas, sumando *dollars*, restando cupones, multiplicando cheques y dividiendo tantos por ciento.

Pero hay que convenir en que el recuerdo de Colón ha transformado, ha infundido el calor del entusiasmo y la embriaguez de la historia al pueblo neoyorkino, quien, dejando sin totalizar la comenzada suma ó sin descifrar la investigada *x* de sus cálculos, cerró el *Ledger*, libro Mayor, y el *Safe*, el arca, y el *Office*, y se lanzó á la calle. Y todos reunidos en un sentimiento común, grande, poético; millonarios, comerciantes, corredores, judíos y cristianos, Shyloks y Antonios se abrazaron, se asociaron, depositaron en fondo común el tanto por ciento del día y se lanzaron á la vía pública con el aplauso en las manos, el hurra en el labio, quizás el brindis y el discurso *banquetario* (no bancario) prendido en la memoria, para que luego parezca improvisado, y todos se dispusieron á ser á la vez actores y espectadores de la numerosa fiesta, y se fundieron, como metales aligados por el fuego, en esa enorme unidad llamada muchedumbre, y entonaron el majestuoso coro colombino de la apotheosis.

Describamos brevemente las fiestas de la gran metrópoli americana, que bien merecen, como nota predominante, mención en esta REVISTA, crónica que ha de archivar el recuerdo de cuanto se refiera al Centenario que le da sus textos y su nombre.

Acto primero de lo que se ha llamado la *Semana colombina*, *semana of pomp and pageantry*, de pompa y procesiones, durante la que el cotidiano trabajo ha consistido en honrar á los muertos, santificar la historia, honrar padre y madre (Colón é Isabel) y dar gloria á Cristóbal en las alturas y paz y alegría á los hombres en las bajezas de la tierra. La decoración representa una inmensa ciudad engalanada. Nueva York aparece hecha un ascua de oro, prendida y vestida como novia que va á sus bodas. Banderas, colgaduras y ornamentos en Bancos, iglesias, clubs, edificios públicos y casas particulares dan á la ciudad un aspecto teatral, y pobres y ricos echan, si no sus casas, sus lujos por la ventana. La gran ciudad, *The Empire City*, recibe en su seno más de medio millón de forasteros, que, como nueva sangre, entran en la arterial circulación de sus interminables calles y que acuden ávidos de comprar regocijos á cambio de aplausos, entusiasmos y... dollars.

Forma la overtura ó sinfonía de la gran ceremonia un *Te-Deum* cantado en todas las iglesias y un toque general de campanas que llenan los aires de místicas vibracio-

nes y difunden la plegaria en forma de ruido. En la iglesia catedral católica 5.000 voces cantan en coro los himnos gregorianos de la fe apostólico romana, y el templo se llena de incienso, lámparas y banderas que prestan carácter más terrenal á la pompa del rito, que de ordinario las excluye de sus naves.

En todos los púlpitos el nombre de Colón es el que resuena como si hubiese obtenido el premio de la canonización y á él perteneciese el culto del día. Cada pastor explica el milagro del descubrimiento conforme á su teología ó su criterio histórico más ó menos fantástico. Talmage, el celeberrimo pastor de Brooklyn, el gran orador, mezcla extraña de tribuno, visionario, sofista y á veces charlatán, halla la clave del descubrimiento americano en las profecías bíblicas, en el cumplimiento fatal y necesario de lo que David, Zacarías, Isaías, y otros profetas también acabados en ías, habían escrito ó predicho acerca de los confines de la tierra. Extraño modo de comprender, desvincular é interpretar, *pro domo sua*, los misterios humanos, los *milagros naturales* de la historia. Otros pastores atribuyen á Colón una misión providencial; le pintan, antes que como el más audaz, el primero de los nautas que se lanza, no al mar de las aguas, sino al mar más temible de lo desconocido, como un agente sobrenatural, como un vidente á quien Dios empuja é ilumina y hace ver entre nubes, como una mística ciudad, una escala de Jacob ó la visión de Patmos, el aún encubierto panorama del Nuevo Mundo. Al pintarle así no consideran cuánto empequeñecen la grandeza humana y la misma gloria histórica de Colón, pues si su genial adivinación, su intuición maravillosa, su voluntad de granito, su ambición y su codicia misma no son obra del pensamiento, el corazón y la voluntad de hombre, sino el automatismo de un agente, de un enviado; si su cálculo es una mera revelación, no debida á sus experiencias medidas é inducciones de marino, pirata, geógrafo y cosmógrafo; si una voz del cielo le alienta, y una visión le hipnotiza, y una fuerza involuntaria le arrastra, y un dedo, sólo para él visible, le traza el rumbo en vez de la brújula, y un mandato de arriba le dice: «Adelante» y le hace ver *tierra* antes que Rodrigo de Triana lance aquel solemne grito, ¿á qué queda entonces reducido el mérito de su esfuerzo, el poema de su navegación y el prodigio científico de su hallazgo? El gigante se hace enano, el hombre, máquina. Dios es el descubridor de América, Colón un mero guarismo providencial. Tanto valdría declarar á Babieca autor de las conquistas del Cid, porque le montaba é impelía á las batallas, y poner sobre la cabeza de Bucéfalo los laureles del macedón Alejandro.

Por supuesto que la consabida *ingratitude* de España y las inevitables cadenas, calabozos, miserias y muerte en el olvido de Colón dieron el tono melodramático á sermones más inspirados en la famosa leyenda colombina que en la moderna crítica y filosofía de la historia, que van dando á aquel mito sus verdaderas proporciones históricas, restituyendo la verdad, preparando el fallo, adjudicando glorias para dar á Colón lo que es de Colón y á España lo que es de España, que no es poco, en la gran obra del descubrimiento, conquista y civilización del Nuevo Mundo. La aureola de Colón no ha de destacarse sobre la sombra, sobre la negrura de la ingratitude es-

pañola, ni el pedestal de sus monumentos ha de basarse sobre la deshonra de España, sin la cual quién sabe si Colón acaso hubiera acabado en el manicomio en vez de en la prisión, y hubiera sentido los hilos de la camisa de fuerza en vez de los eslabones de sus legendarias cadenas.

Prosigamos. La primera demostración secular de las fiestas fué la procesión de 25.000 niños de las escuelas y colegios, llevando banderas, divididos en regimientos de á 500, mandados por oficiales del ejército, desfilando durante dos horas en correcta formación ante las autoridades civiles y militares. Al pasar por *Unión Square* los niños católicos, 2.000 niñas católicas, menores de catorce años, vestidas de azul, rojo y encarnado, entonaron un himno de salutación que arrancó frenéticos aplausos á la multitud. Aunque monotonó, el espectáculo era hermoso y oportuno: era asociar, en los niños, el siglo xx al xix para saludar á los grandes siglos xv y xvi. Eran los doctos nietos pagando tributo á las evocadas sombras de sus épicos abuelos.

Por la noche una soberbia función de fuegos artificiales deslumbró los ojos de cerca de dos millones de espectadores, siendo lo más grandioso un Niágara de fuego cayendo reflejado sobre el agua desde los 200 pies de altura del colgante y vertiginoso puente de Brooklyn; espectáculo grandioso, no por lo nuevo, sino por lo fantástico y colosal del escenario.

Lo que podemos llamar el segundo acto de la fiesta fué la gran *Procesión Naval*, cuya decoración es la más amplia y grandiosa de todas: la inmensidad oceánica, la bullente palpitación de las aguas. Y cuenta que no ha sido una *revista* sino una *procesión* de naves. Su originalidad y belleza no consistía en que Neptuno, Tetis, Anfítrite, las Nereidas y tritones que poblaban los clásicos mares helénicos saliesen de sus mitológicos palacios y mostrasen sobre el azul y esmeralda de las olas sus blancas y mojadadas desnudeces, haciendo sonar sus caracoles y cantando aquellas melodías de las sirenas que atraían fascinados á los navegantes, menos sordos ó menos cucos que el buen Ulises. Nada de eso: la procesión naval ha sido menos mitológica y pictórica, pero no menos imponente, dadas las condiciones del mar de hoy, que ha desterrado aquella *diosería* y no admite más leyes que las del viento y las mareas, ni más habitantes que las ballenas, tiburones, merluzas y sardinas y otros pescados que hienden sus ondas, ni otros carros que las férreas moles movidas por los caballos de vapor (no los de Neptuno) de los acorazados y los flotantes almacenes cargados de fardos y viajeros, que á veces también son sólo fardos vivos. La procesión naval en el puerto de Nueva York fué imponente, porque cientos y cientos de naves de todos los países, con todas las banderas, formadas de tres en tres, como soldados de un mundo líquido, divididas en dos alas y subdivididas en diez secciones, se pusieron en marcha el día 11 á una señal del *Philadelphia*, el buque de guerra americano que, como capitán ó trompetero, les dió la voz de mando. Cada buque extranjero llevaba, como pajes de honor, dos americanos. Al llegar junto al castillo de William, la pólvora de la paz, no la pólvora maldita de la guerra, que hace brotar demonios metálicos del *broncíneo tubo* de los cañones, lanzó el himno atronador de las salvas, contestado por las baterías de

Tomkins, al que se unieron en discordante pero cosmopolitano coro las músicas de todos los buques, entonando cada cual el himno nacional de su patria. Aquel estrépito, aquella discordancia de cañonazos, silbatos de vapor, charangas sonando en distintos tonos como arpeggios de los entusiastas hurras, todo aquel desconcierto era en el fondo el más harmónico concierto, porque era el himno de la fraternidad, la voz de la unidad humana lanzada sobre la atractiva unidad del mar.

¿Qué mejor tributo á Colón, al inventor, no de un nuevo mundo sino de un nuevo mar, que aquella procesión inmensa, aquella santa cita de acorazados y *steamers*, abrazo de la Paz y de la Guerra reconciliadas; aquel alarde del poder marítimo que es el más grande de los poderes de la tierra? ¡Ah, si el almirante de la *Santa María* hubiera visto aquella procesión, qué asombro el suyo al ver aquellos millares, aquellos hormigueros de naves, hijas de sus tres queridas carabelas y aquella prole americana hija de los humildes y místicos emigrantes del *Mayflower*!

Pero sigamos el programa. En este orden continuó la procesión ascendiendo el río Hudson, en el que las escuadras de guerra, paradas como corceles, con sus almirantes á bordo, parecían decir á los inermes buques que desfilaban ante ellas: bogad, comerciad, volad á los confines de esas aguas, que nosotros con estas corazas de gigantes y estos cañones de titanes, y estos espolones ciclópeos defenderemos vuestros cargamentos, vuestros negocios, vuestras tripulaciones, vuestra bandera y vuestras más aventuradas empresas mercantiles.

Como zapadores de la inmensa procesión iba una flotilla tripulada por la Milicia Naval del Estado de Nueva York. Detrás el *Cushing* y los buques de escolta, el *Carrol*, con el Vicepresidente de los Estados Unidos, Morton y el mundo oficial y diplomático. Buques de guerra llevando á su frente al francés *Aréthuse* y los americanos *Miantonomah* y *Philadelphia*. Luego el *Hussard*, el *Atlanta* y el *Delphin*, y el *Giovanni Bausan*, entre el *Blake* y *Vesuvius*; y escoltado por el *Grant* y el *América*, el crucero *Infanta Isabel*, llevando á su bordo la representación oficial de España, personificada en dos de los más brillantes jóvenes de nuestra nueva legión diplomática y consular: el inteligentísimo é ilustrado plenipotenciario Dupuy de Lôme y el activo y enérgico Cónsul general D. Arturo Baldasano, dignos huéspedes del no menos digno y meritorio capitán García de la Vega.

Después... la mar (como decimos en España) de buques de todos tonelajes, caballos invisibles de vapor y velamen, atestados de tanta gente que no parecía sino que la humanidad terrestre, cansada de la inmovilidad del suelo y de la monotonía de la estática se había dicho: «al agua patos», «pelillos á la mar», echándose al líquido elemento (como dicen los clásicos) para moverse, balancearse, acaso marearse y sentir, por decirlo así, las emancipaciones y las libertades de la vida acuática, del salado reino de los peces. Seguramente jamás tantos ojos miraron á la vez tan hermoso espectáculo, y pocas veces la temperatura, deteniéndose en el punto de caramelo, dulce y sabroso, de la escala termométrica, y el cielo ornándose con las galas de sus rayos más luminosos, ó las gasas de sus nubes más nacaradas, contribuyeron á com-

pletar la fiesta, cuyos directores llegaron á esa difícil cumbre de las cosas que se llama la perfección.

Por la noche procesión de las jóvenes de las Sociedades de Nueva York y de sus inmediaciones que duró hasta la una de la mañana, desfilando 20.000 muchachas, que con sus hachas y faroles encendidos asemejaban soldados femeninos, legiones de ángeles bajados á conquistar la tierra con el amor, la caridad y el arma irresistible de la hermosura. El día 12 la escena cambia, aunque el escenario es el mismo, siendo su punto culminante la Fifth Avenue y Maddison Square (la calle de Alcalá y Puerta del Sol de Nueva York) donde el Presidente y autoridades presenciaron la gran revista militar, el desfile de 60.000 hombres, compuestos de veteranos, tropas regulares, milicias provinciales, marinos, bomberos, carteros y otros cuerpos armados de ese ejército, para quien las armas son garantía de la paz más que amenazas de muerte, exterminio, rivalidades y conquistas. Los aplausos y vivas, según su intensidad, correspondían al mayor ó menor grado de popularidad de cada regimiento.

A la entrada del gran Parque Central se verificó el mismo día la inauguración del monumento, de mármol de Carrara y setenta pies de altura, erigido á Colón por la colonia italiana. A las cinco, á una señal de Barroti, el Presidente de las Sociedades italianas, el escultor Gaetano Russo, descubre entre frenéticos aplausos la estatua del inmortal genovés. A otra señal se restablece el silencio y la hija de Barroti pronuncia un discurso invocando la bendición del cielo para Italia, madre del gran descubridor y para América su hija. En iguales términos hablan el arzobispo Currihan y el ministro italiano, barón Fava, cometiendo todos en sus peroraciones la inexplicable omisión del nombre de España; omisión á que puso elocuente correctivo la palabra de nuestro digno representante. El barón Cesnola puso fin á la ceremonia siendo más justiciero al asociar el nombre de Isabel á la gloria de Colón.

El punto culminante, el *climax*, como dicen los ingleses, de las fiestas fué la *Gran Parada* nocturna en Broadway y la Quinta Avenida, presenciada, no por millares, por millones de espectadores que en tribunas, ventanas, colgados en racimos á todos los puntos culminantes y salientes sobre el nivel del mar de cabezas, desafiando á las leyes de la gravedad, y casi casi infringiendo la de la impenetrabilidad, acudieron, cual mariposas fascinadas, á aquella fiesta de la luz, el color, la música y la alegría que, por su magnificencia y significación se ha llamado el triunfo de América. Cinco mil ciclistas, jinetes sin caballos, Mercurios con ruedas en vez de alas en los pies, en filas de ocho en fondo, vestidos de trajes caprichosos y llevando faroles azules y rojos, rompían la marcha como un ejército volador, creado para las guerras de la velocidad en que el vencedor, el héroe, no es el de más corazón sino el de más piernas, pues para tales guerreros, correr no es cobardía, antes bien, huir á todo escape del que va detrás es el valor, el heroísmo y la victoria.

La legión de *Indios bravos* que viene en pos de ellos, produce gran entusiasmo. Ellos son los verdaderos americanos, pues los americanos de hoy de levita y *chistera* son solo europeos que se han mudado de su vieja casa solariega á esa otra casa, más

grande, más espaciosa y con menos despótico casero, que se llama América. Vienen después los heraldos precursores del *Carro de la Fama* que, claro está, había de ser famoso tratándose de tan afamada y trompetera deidad. Ese carro representa las glorias de América, y la gran diosa que sienta su planta en la tierra y esconde su frente en las nubes *caput inter nubila condit*, aparece presidiendo y dominando á las figuras simbólicas de Europa, Asia, África y Australia, siendo la América *as a matter of course*, dicho se está, la mayor en tamaño, hermosura y magnificencia, como que las otras son sus tributarias y adoratrices. Avánzase tras éste, otro carro representando la *Edad de Piedra*, con sus habitantes trogloditas y sus mastodontes, rememorando y recordando la tosca humanidad y la diforme y gigante fauna de que descienden la humanidad y animalidad presentes, tan progresivas que, hasta los brutos civilizados de hoy superan quizás, en cultura y á veces en saber á los animalizados hombres de aquellas edades prehistóricas.

En medio de una comparsa de jinetes indios, de la raza de los antiguos Toltecas, preséntase el *Carro de los Adoradores del Sol*, de composición artística é interesante. La siguen los indios del Sur, bailando enlazados en torno del fuego. Surgen detrás nuevos centenares de bicíolos, tandas de músicos, nuevos indios de nueva razas escoltando á supuestos grandes de España, y entre ellos la muchedumbre distingue y saluda á la noble figura de la gran Isabel, la semi-descubridora que, si no abrió la puerta, dió á Colón la llave de oro del Nuevo Mundo. Y por fin aparece Colón nadando en luz, en cuya frente la Historia coloca una corona, y allí aparecen también representados España, los Cabot, Vespucci, Cortés, Pizarro, Ponce de León, Hudson y cuantos héroes del mar y de la tierra, con sus naves, sus espadas, su valor, su palabra, su ciencia y su fe plantaron en las vírgenes tierras americanas las divinas semillas de la gran civilización europea que, como las Hespérides, habían de producir las manzanas de oro de la no menos grande civilización y prosperidad de la moderna América.

Arrastrado por diez soberbios caballos avánzase el colosal *Carro de la Ciencia*, uno de los más brillantes de la procesión y en pos viene la bendita nave, la más grande que ha surcado las ondas, la que ha hecho el viaje más portentoso de la navegación humana, la diminuta *Santa María*, seguida de su tripulación de marineros vestidos á la antigua usanza española y acompañada por una escolta de honor de los hispano-americanos residentes en Nueva York y que recibió una lluvia de aplausos y de vivas. Y los puritanos, los verdaderos conquistadores morales de América, con sus anchos sombreros y severas capas, vienen después y tras ellos los colonos holandeses y los cuáqueros con William Penn á su cabeza, abriendo paso al *Carro del Capitolio*, ese templo de la fe política, ese eje de la rotación social de la República Americana, rodeado de los cuarenta y cuatro Estados de la Unión, cada uno personificado por una hija de algún veterano de la gran guerra de secesión, vestida con el traje más característico de cada región.

Todo el mundo saluda con entusiasmo y fervor al *Carro de la Libertad*, ídolo del

culto americano, y en él se destacan las personificaciones de Grant el vencedor y de Lincoln el emancipador de una raza esclavizada.

Y nuevos carros de las Oceanidas, el de la Prensa, el de Columbia, galera romana ornada con los bustos de todos los Presidentes, y nuevas legiones de indios, y el *Carro de la Poesía* con todos los vates americanos, representados por figuras enmascaradas, sirven de precursores al *bouquet* final, al trueno gordo, al triunfo Edisoniano, el *Carro de Electra*, no la clásica Electra de Sófocles, sino *Electra*, la Electricidad, la diosa, la Juno, la potencia divina de la mitología moderna; la esclava de Volta, Franklin y Edison, que hace de sus chispas y rayos nuestras luces y el verbo interoceánico del diálogo de dos mundos. Veinte amazonas aladas, montadas, representando las batallas del Progreso, siguen á la divina Electra. Tres mil luces eléctricas la alumbran y rodean como una guirnalda de rayos. Visión deslumbradora que fascinó y naturalmente *electrizó* á la embobada muchedumbre, difundiendo por todas sus fibras y nervios las chispas psíquicas de esa otra electricidad maravillosa, rápida y penetrante de la emoción y el entusiasmo, pues por mucho que las chispas de la pila voltáica vuelen, vuela más la chispa del pensamiento humano, que con sus alas sube á los astros, y por su panteística obicuidad llena la esfera de lo infinito y siente la fiebre de lo divino.

Y después de pasar nuevos carros y alegorías, cuya narración prolongaría este escrito, el Sueño disolvió la fiesta, bajó su gran telón de negros crespones; la Visión se disipó como el humo en la inmensa sombra de la noche; el Silencio impuso con su dedo el reposo á la ciudad dormida, y el Cansancio cerró los ojos de aquellos burgueses embriagados por aquellas apocalípticas visiones, evocadas por la ciencia, el arte y la fantasía. Y al día siguiente, al despertar para lanzarse de nuevo á las tareas del trabajo, al maldito *struggle* de la vida, al torrente aritmético del negocio, á la honda síma de la prosa y de la realidad, aquellos espectadores, recordando el sueño, no de una noche de verano, sino de una noche de otoño, no las bodas de Oberon y Titania, sino la cuádruple boda de dos Continentes y dos siglos, aquellas sombras de héroes y antepasados como las de Macbeth, aquellas formas simbólicas de las glorias humanas, debieron preguntarse como Fausto: *Sind's Träume? Sind's Erinnerungen?* Son sueños? Son recuerdos? Ambas cosas: recuerdos de las grandezas pasadas; sueños de las esperanzas futuras.

En esa semana colombina, *Uncle Sam* ha cumplido su deber, ha pagado su tributo, ha mostrado que tiene *Army and Navy*, y ha, como dice su prensa, *marched, sailed, said prayers and chanted praises*; ha pronunciado discursos, ha brindado en banquetes, ha alzado monumentos de piedra, de cartón y percalina; ha organizado procesiones y cabalgatas, ha vertido luz y pólvora á torrentes, ha escrito, en fin, en el libro de su crónica una de las páginas más brillantes de su historia. ¿Qué más cabe pedirle?

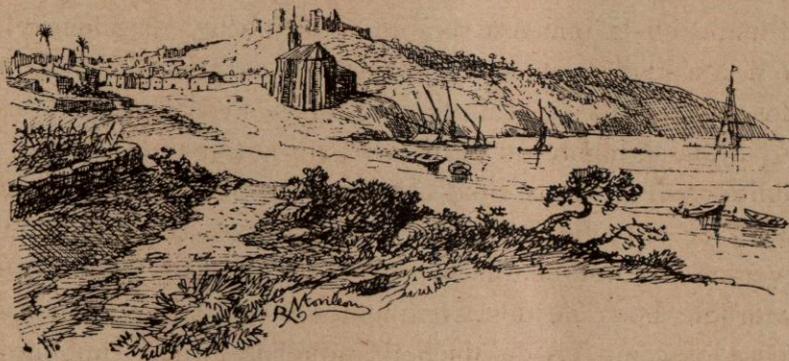
Consignemos aquí que nuestra bandera española en esos días casi fué bandera nacional para los americanos, quienes ostentaban en sus pechos bandas con los colores amarillo y rojo, cual si por unas horas nos hubiesen otorgado, por filial sumisión y

cortesía, el cetro de la América y se hubieran hecho nuestros hijos adoptivos ante la historia de esa España, hoy pequeña y decaída, pero á quien debe aquel gran Continente su existencia, su poder y su opulencia.

El inmenso puerto de Nueva York, abierto á todas las naves, á todas las mercancías, á todas las razas y á todos los progresos del mundo, es el hijo de aquel Palos humilde, petrificado, inmóvil, y hoy casi idéntico al que vió Colón. Palos es la semilla, Nueva York es el árbol.

Por eso aquí, en esta REVISTA consagrada á las crónicas del Centenario, consignamos esta retrasada pero encomiástica relación de las fiestas del mayor pueblo del Nuevo Mundo, celebradas en honor del navegante que con su *fiat* le evocó del caos oceánico para lanzarle á las omnipotencias de la vida moderna.

José ALCALÁ GALIANO



PALOS, 1492, DESDE EL CAMINO DE MOGUER, SEGÚN DEBIÓ VERLO COLÓN  
CUANDO FUÉ DESDE MOGUER Á LA RÁBIDA. (De un croquis del natural, de Monleón).